



**7 Corridos
1 Reportaje
y 20 Cuentos
de
Graciela Amador**

Selección de Raquel Tibol

Presentación de Juan de la Cabada

Presentación

Alta, frágil, delgada, en movimiento siempre y con una típica voz de maestra, la imagen de Graciela Amador —GACHITA— vive dentro de mí esparciendo destellos de ternura. Este sentimiento general que inspiraba, determinó sin duda el que mineros, campesinos, núcleos de obreros urbanos vinculados en la lucha diaria con la esforzada militante, la conocieran: tan sólo por Gachita o compañera Gachita Amador. Acaso muchos ignorarían su nombre oficial: Graciela, pues entre nosotros nadie de los que fueron o aún son, pensó ni piensa en ella sin el cariño del diminutivo. Tanto es así que ahora, evocándola con un camarada linotipista, revivió airado éste la bestialidad de un bombero que durante una manifestación del 1º de Mayo, dirigió la manguera contra Gachita, y del tremendo golpe del chorro de agua la barrió como una pluma.

El año 1927 conocí a Gachita en la Liga Antiimperialista de las Américas. Figuró antes y después al lado de mujeres inolvidables por su combatividad en las filas del proletariado: Concha Michel, Tina Modotti, Cuca Díaz Ramírez, Elisa Guerrero, Catalina Peña, Consuelo Uranga, Benita Galeana . . .

Tocaba la guitarra, cantaba sus corridos, organizaba coros, presentaba funciones de teatro infantil. Aparte de sus canciones, piezas dramáticas para títeres y crónicas, escribía cuentos y relatos. Muchos de éstos, como casi todos los nuestros en aquel entonces, no sobrepasan el nivel de bosquejos o apuntes a vuela pluma, pergeñados entre una y otra de las múltiples actividades cotidianas: demostraciones, mítines de masas, conferencias; arengas frente las fábricas, en calles, plazas

y a la salida de las escuelas; reparto de volantes, pega de manifiestos; colectas, guardias en las huelgas, distribución de nuestra prensa; sesiones con grupos de obreros y capesinos; juntas de comités y de células, asambleas sindicales y las del Partido, etc.

De su obra literaria en conjunto, cuyo logro emotivo a veces rebasa el valor circunstancial o meramente histórico, debemos señalar el sacrificio de galas estilísticas por la utilidad inmediata para la causa de los trabajadores, la claridad y la brevedad del esquema.

Son constancias, denuncias, testimonios de un tiempo. Un tiempo en que burlando a costa de un millón de muertos las populares aspiraciones de la revolución mexicana, permanecían incólumes —de manera no menos ignominiosa y cruel, pero sí más rudimentaria, cruda que hoy— las características de vasallaje impuestas por las garras del imperialismo y las uñas de sus fámulos nacionales, garras y uñas que al manicurrarse han sido consolidadas en la razón social que representan estas nuevas caras demagógicas de la clase dominante, dobles caras de refinamiento institucional y retórica lengua modernista, que días tras día perfeccionan los métodos de centuplicar fabulosas fortunas mediante fraudes de lesa patria en connivencia con el extranjero que sustrae del país sus rendimientos o se apodera cada vez más de mayores fuentes de producción agrícola e industrial sobre el despojo, la desnudez y el hambre del pueblo mexicano. Muchas de las condiciones apuntadas por Gachita subsisten. Pero si algunas, en determinada medida o cierto aspecto, han sido proscritas, debemos remontarnos a la incesante lucha que por conquistar siquiera esas mínimas reivindicaciones sostuvieron gentes como Gachita frente a los capitalistas, los gobiernos y los vaquetones, polveados o amarillos, como entonces designábase a los progenitores de los corruptos líderes vendidos que hoy encarnan al charrismo en sus diversas poltronas, cofradías y etiquetas.

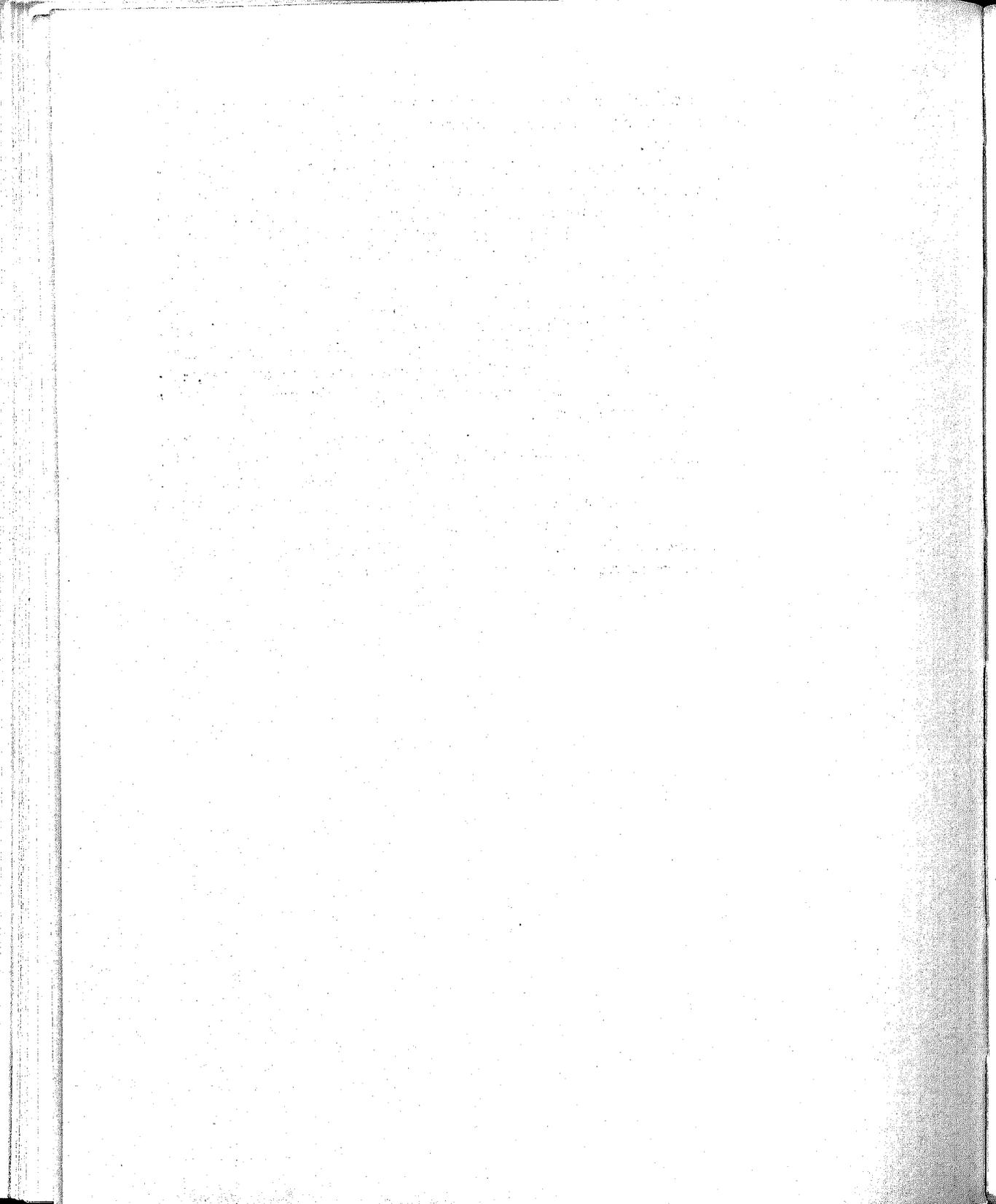
Una de las piedras de toque para distinguir la sinceridad esencial de las ideas está en la franqueza y sencillez al expresarlas. Así, pues, nada más contrario al retoricismo hueco, exponente de la falsía de los políticos venales al uso, que la manera franca y sencilla de Gachita (Graciela Amador).

Su literatura entraña un ejemplo: fue política militante. Y en este campo, he de repetirlo: la verdad no sólo implica

un valor ético, por lo beneficioso y saludable, del que carece la mentira, siempre perniciosa, sino que es más rara, más original.

En esta retrospectiva visión al terreno de las luchas por la mejor causa vigente de la humanidad, aparece Gachita con una libreta y un lápiz, junto a Siqueiros que le dice: "Apunta, Gachita." Se asocia en seguida el desfile de campesinos y obreros que reclaman una historia, y en torno a ellos las figuras venerables de Monzón, de Ramos Pedruza, de Othón de Mendizábal entre Diego Rivera, Laborde, Campa, Ursulo Galván, Xavier Guerrero, Gómez Lorenzo en la redacción de "El Machete", cerca de los Machado (líderes venezolanos), del cubano Julio Antonio Mella, uno que otro europeo, varios norteamericanos y de una cauda de jóvenes turbulentos que éramos algunos.

De este marco parte una voz. Una voz, que si bien herida, sumida de consternación ante la noticia del asesinato del libertador inmortal Ernesto Che Guévara, cuyo sacrificio redoblará el ardor en la rebelión contra el imperialismo, quiere corresponder a la ternura de nuestra camarada, nuestra hermana Gachita, en reconocimiento a su trabajo y homenaje a su memoria por el valor de su persona.





Graciela Amador con David Alfaro Siqueiros y un grupo de delegados al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Unitaria.

“Después de lanzar su manifiesto el Sindicato de Pintores y Escultores resolvió editar un periódico semanal que fuera su órgano. Siqueiros fue el encargado de atender directamente la edición. Se le puso por nombre *El Machete*. Pero tal empresa no hubiera sido posible sin la colaboración e insustituible ayuda de Graciela Amador. El daba las ideas generales de la política del periódico, de acuerdo con los miembros del sindicato, pero ella redactaba la mayor parte de los artículos y componía los magníficos corridos, que llegaron a ser la sustancia más importante de la publicación.”

José Clemente Orozco en su *Autobiografía*. Ediciones Occidente, México, 1945.

7 CORRIDOS

Corrido de El Machete *

El Machete sirve para cortar la caña,
para abrir las veredas en los bosques um-
(bríos,
decapitar culebras, tronchar toda cizaña
y humillar la soberbia de los ricos impíos.

El año de veinticuatro,
de marzo en los días primeros,
salió tronchando cizaña
este periódico obrero.

Muy pocas gentes le dieron
su fraternal bienvenida,
pero muy pronto *El Machete*
tuvo entusiasta acogida.

Gritaba por todas partes,
en la ciudad y en los montes,
dirigiendo a los obreros
hacia nuevos horizontes.

Denunciaba la soberbia
de los burgueses poltrones,
los crímenes de los ricos,
los robos de los patronos.

Y así fue como *El Machete*
formó conciencia de clase

en nuestro proletariado
que caminaba sin base.

Y así fue como *El Machete*
llevó hasta región lejana
los sufrimientos del pobre
en la tierra mexicana.

Él es quien pide justicia,
él quien marcha denodado
defendiendo los derechos
de todo el proletariado.

En cada humilde jacal
de campesino o de obrero
El Machete es el amigo,
el hermano, el consejero.

No importa que los burgueses
lo juzguen lleno de yerros,
pues también así, a la luna
le ladran los pobres perros.

Y nosotros que sufrimos
explotaciones y engaños,
queremos que el gran *Machete*
nos viva por muchos años.

Yo pido a mis compañeros,
en su quinto aniversario,
que hagamos un gran esfuerzo
por convertirlo en ¡diario!

* Publicado en el N^o 156, del 16 de marzo de 1929.

Corrido del 7 de noviembre *

Hermanos, voy a contarles
una gran revelación:
lo que está pasando en Rusia
desde su Revolución.

Por la prensa de los ricos
no nos podemos fiar,
todo se le va en mentir,
en gritar y en calumniar.

Mas nunca se nos presentan
las cosas como se debe
ni ponen fotografías
de lo que en Rusia sucede.

Naturalmente, nosotros
nos ponemos a pensar
que algo muy grande acontece
que ellos tratan de ocultar.

Y en efecto, compañeros,
escuchen con atención
la verdad sobre la Rusia
y su gran Revolución.

Es inútil presentarles
la vida de estos hermanos
desde el tiempo de los zares,
sus más feroces tiranos.

Todo el mundo la conoce
y sabe del sufrimiento
que pasó aquel pobre pueblo
antes del levantamiento.

De las enormes masacres,
de tantos ajusticiados,
de los muertos en Siberia,
de los presos y colgados.

Durante los cientos de años
fue una matanza sin tregua,

* Publicado en el N° 87, del 5 de noviembre
de 1927.

apoyada por los ricos
de casi toda la Tierra.

Y causaba un asco grande
saber la vida inmoral
que llevaba la familia
de aquel monarca bestial.

En alhajas y en brillantes
tenían inmensos caudales,
mientras los pobres obreros
aullaban como animales.

Y un monje cruel y asesino,
confesor de la zarina,
decía que todos los pobres
merecían la guillotina.

Mas, como todos sabemos,
la muerte de aquel tunante
y las penas de aquel tiempo,
pasaremos adelante.

Los campesinos y obreros
de la Rusia de los zares
ya no podían resistir
su cadena de pesares.

Entonces la antorcha roja
brilló para ellos por fin,
pues se oyó el grito rebelde
del gran Nicolás Lenin.

Y a él volvieron la frente
llena de grande alegría,
y él iluminó los mundos
con la luz de su osadía.

Y Trotsky tomó a su mando
al ejército naciente,
que ahora mira a los tiranos
sin miedo, de frente a frente.

Aprovechando la guerra
que estallaba por doquier,
aplastaron a los reyes
y el Soviet tomó el poder.

Diez años han transcurrido
en triunfos y libertad
y la bandera del Soviet
nos habla de la igualdad.

Hacia ella vuelven sus ojos
todos los pueblos dolientes
y ya en China se ha iniciado
la libertad del Oriente.

Y tiembla la burguesía
y se derrumba su imperio
en tanto que en Rusia Soviet
se trabaja en algo serio.

Grandes fábricas entonan
himnos al libre trabajo
donde no hay amos ladrones
ni quien trabaje a destajo.

En los campos los labriegos
siembran su trigo cantando,
pues ningún latifundista
se los estará robando.

El pan que en Rusia se come
es muy grande y *llenador*,
porque no ha sido abonado
con lágrimas ni dolor.

Los niños van a la escuela
siguiendo un estudio sano,
no como aquí, que tan tiernos
ya son los burros del amo.

Las obreras son tratadas
con gran consideración,
pero aquí se las arroja
si no quieren al patrón.

Esto y otras cosas mil
las calla la burguesía,
que quisiera con un dedo
taparnos la luz del día.

Pero los trabajadores
todo lo sabemos bien,
¡¡poco les ha de durar
a los ricos este Edén!!

Pues el mundo del mañana
pertenece al proletario.
¡¡Viva el siete de noviembre!!
¡¡Viva el primero de mayo!!

Corrido del 7 de noviembre *

El año del 17
en la Rusia de los zares
estalló la rebelión
muriendo gente a millares.

Las calles de las ciudades
parecían un gran cuartel
y por plazas y avenidas
moría la gente a granel.

* Publicado en el N° 138, del 7 de noviembre
de 1928.

Hombres, mujeres y niños,
con mauseres y cañones
enseñaban a los pueblos
a hacer sus revoluciones.

Obreros y campesinos
unidos a los soldados,
forjaban un nuevo mundo
estrechamente agrupados.

Y de entre la llama roja
de la Tierra en el confín,

surgió potente y segura
la palabra de Lenin.

Su voz pregonaba fuerte,
con un acento marcado:
"Todo el poder al obrero,
al campesino y soldado."

Y así fue. Cuando pasara
lo más rudo del torrente,
la Rusia de los obreros
se alzó por siempre potente.

Once años cumple ahora
de paz y tranquilidad;
vida que ha sido un ejemplo
a toda la humanidad.

Y a pesar de los ataques
que a diario la burguesía
sin descansar ni un momento
le alcanza con cruel porfía.

la Rusia del proletario
sigue firme caminando,
pues sabe que un mundo nuevo
con afán está forjando.

Hoy todo mundo trabaja
para llenar sus graneros,
a la vez que estudio y ciencia
abren nuevos derroteros.

Hoy en todos los semblantes
reinan la paz y alegría,
pues saben que para siempre
ha muerto la tiranía.

La sexta parte del mundo,
es nuestra de manifiesto.
¡Trabajadores, unidos,
arrebateemos el resto!

Sigamos el noble ejemplo
de la Rusia grande y fuerte
que ha vencido al capital
al sufrimiento y la muerte.

Lenin *

Lenin, el genio del mundo
lanzó su aliento postrero
el año del veinticuatro
del día veintidós de enero.

Su muerte fue un rudo golpe
para el mundo proletario,
que lloró sobre su cuerpo
envuelto en rojo sudario.

Mas este choque del alma,
duró tan sólo un momento
porque de nuevo la lucha
les hizo su llamamiento.

Y todos, todos decían:
"Ya no debemos llorar,
honraremos su memoria
luchando sin descansar."

Hace cuatro años tan sólo
desde que Lenin marchó,
y ya el proletariado chino
de sus verdugos triunfó.

Y un descontento creciente
se observa en el mundo entero,
un ansia de emanciparse
hay en cada pecho obrero.

* Publicado en el Nº 98, del 21 de enero de 1928.

Y el ejemplo de aquel pueblo
donde hizo Lenin escuela

va dirigiendo a los hombres
con su luminosa estela.

Pues el hombre en sí no vale
lo que en él vale es la Idea,
y la Idea jamás se apaga:
es antorcha que flamea.

Así pues, en todo el orbe,
del uno al otro confín

siguen los trabajadores
las palabras de Lenin.

Él es su piloto y guía,
él alumbra su camino,
él indica al proletariado
un luminoso destino.

Y en memoria de su obra
hay que hacerse leninista
ingresando desde ahora
al Partido Comunista.

Corrido del primero de mayo *

Un nuevo año nos encuentra
sumidos en la opresión,
luchando a brazo partido
por nuestra emancipación.

Pero a la vez que sentimos
más fuerte la tiranía,
duplicamos nuestro esfuerzo
por labrar un nuevo día.

Cada vez que un campesino
pende de un árbol, colgado,
millares de campesinos
se unen al proletariado.

Cada vez que los esbirros
nos atacan con fiereza,
amenazadora y fuerte
se alza nuestra fortaleza.

Un año más ha pasado
de penas y de experiencias,
un año que ha acrisolado
miles de nuevas conciencias.

Han caído falsos líderes
a sueldo del capital
que del Primero de Mayo
hacían burdo carnaval.

* Publicado en el N° 162, del 1° de mayo de 1929.

Que hacían a la masa obrera
perder toda dignidad
y ante Morrow y ante Calles
forzábanla a desfilar,

y entre charangas insulsas
y carteles denigrantes,
eran del proletariado
los más ruines traficantes:

mercaderes que vendieron
huelga, paros, movimiento,
ocasionando al obrero
infinitos sufrimientos.

Mas, aunque tarde, el obrero
en este año ha comprendido
la prédica torpe y falsa
de quien siempre lo ha vendido.

Y ésta tan cara experiencia
¡qué sangre nos ha costado!
No la podrán olvidar
ni el obrero ni el soldado.

¡Salud, Primero de Mayo,
ahora tan lleno de penas!
¡Ya muy pronto el proletario
destrozará sus cadenas!

Himno antiimperialista*

¡Arriba, pueblos de América!
El enemigo llama a la puerta.
Es poderoso, casi invencible,
mas para el obrero no hay nada imposible!

¡Arriba! Viene del norte.
Se escucha el paso de sus legiones...
Grandes cruceros, gruesos cañones
invaden pueblos y naciones...

* Publicado en el N° 117, del 2 de junio de 1928.

Cruzan los mares mil aeroplanos
para aplastar pueblos hermanos.
¡Arriba, pueblos de América!
¡Estemos listos para la lucha!
De un polo al otro del mundo obrero
una protesta viril se escucha.

¡Arriba! ¡Organicémonos!
¡Fieles soldados, siempre adelante!
La fuerza viva del proletariado
saldrá en la lucha por fin triunfante.

Corrido de Pedro Ruiz *

Aquí tiene, compañero,
la vida de Pedro Ruiz,
de ese mártir proletario
que supo morir por ti.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que a los Sindicatos Rojos
nadie los podrá aplastar.

Desde su más tierna infancia
no conoció la ventura,
pues fue de esos pobres niños
envueltos en la amargura.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que algún día los niños pobres
serán duendes de gozar.

Creció entre luchas y llantos,
pues así era su destino,
los líderes verdaderos
no tienen otro camino.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,

* Publicado en el N° 97, del 7 de enero de 1928.

como mártires sucumban
los que bien saben luchar.

Siguió dentro de la lucha
porque aquéllos de su gremio
y varios triunfos que obtuvo
fueron su más grande premio.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que el mañana del obrero
ya muy pronto va a llegar.

Pedro Ruiz se fue a los montes
a vivir con los mineros,
porque su alma grande y noble
halló amigos verdaderos.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que los bravos luchadores
saben a quiénes amar.

La Empresa lo perseguía
con sus más duros ataques,
y Pedro Ruiz se reía
resistiendo sus embates.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que a los verdaderos líderes
nadie los puede asustar.

Pedro Ruiz iba y venía,
subiendo y bajando montes,
hablándole a los mineros
sobre nuevos horizontes.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que si matan a los hombres
la verdad no han de matar.

Cansada la Compañía
de tan noble y gran labor,
persiguió con furia y saña
a este grande luchador.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,

que el nombre de Pedro Ruiz
no se volverá a olvidar.

Y el veinticinco de octubre
del año del veintisiete
los *cristeros asesinos*
mataron a este valiente.

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que el que nace para mártir
así tiene que acabar.

Hoy sus palabras se escuchan
con más tesón y energía,
diciéndole a los mineros
que ya surge el Nuevo Día

Canta, paloma, canta...
¡Ay! no vayas a llorar,
que la lucha del obrero
¡nadie la podrá aplastar!

1

REPORTAJE

Clara Zetkin habla *

Hoy por la tarde nos vinieron a avisar: Clara Zetkin daría una conferencia en el Instituto Lenin.

Conocer, oír hablar a la oradora revolucionaria, a la mujer que agotó su vida toda por nuestra causa, era un número especial en el programa de mi viaje al país de los

* Publicado en el Nº 138, del 7 de noviembre de 1928

Soviets. Así pues, con júbilo inmenso tomé asiento en uno de los ómnibus que nos conducirían al Instituto; íbamos todas las delegadas de los diferentes países que asistieron al IV Congreso de la Internacional Sindical Roja. Todos los idiomas se oían en alegre charla dentro del coche.

Por fin llegamos. Ya en el amplio anfiteatro del Instituto nos esperaba una numerosa concurrencia femenina: estudiantes, obreras, delegadas, más de mil mujeres

esperábamos con ansia la llegada de la oradora. Por fin, con algunos minutos de retardo, apareció Clara Zetkin. Iba apoyada en el brazo de su hijo. Caminaba con paso fatigado. Ya es una anciana y el asma la acerca cada vez más al sepulcro. Sin embargo, dotada de una energía y de una voluntad de hierro, yergue su cuerpo que aún denota a la mujer robusta y fuerte, retando al mal que la consume y a los largos años de su vida pasados en los presidios de la burguesía y huyendo como bestia acosada. Su cabeza blanca va cubierta con una negra cofia de encajes; lleva un traje de lana negra, y al pecho un gran fístol abrochando el cuello.

Hay unos momentos de expectación en la concurrencia. La viejecita avanza hacia la tribuna y el hijo guía sus pasos temblorosos. De pronto, un aplauso unánime y estruendoso saluda su aparición en la plataforma. Ella, de pie, nos saluda y lágrimas de emoción iluminan sus marchitas pupilas. Nuestros ojos la envuelven en una filial y dulce mirada. Tiene la costumbre de mover la cabeza en un ademán de modestia, baja la mirada ante la tempestad de aplausos. Cuando éstos han cesado, la viejecita comienza a hablar. Su voz es débil y temblorosa y el ansia que oprime su pecho invade también el nuestro. Una amiga rusa, discípula de Clara, me dice al oído: "Ya no debe hablar; esto la arruina; pero es imposible hacerla que desista; ella está en su elemento y privárselo sería tan funesto como el esfuerzo que está haciendo." Poco a poco el timbre de su voz se fué asegurando y las palabras adquirirían más volumen. Sus ojos paseaban mirando fijamente a la estática concurrencia, y la seguridad de sus ideas era subrayada con movimientos de las manos. Nosotras asentíamos llenas de seguridad también y la opresión de nuestros pechos iba a poco desapareciendo. Teníamos

frente a la Clara Zetkin de siempre. Un color rosado brotaba de su tez marchita y sus ojos abiertos y sus claras pupilas nos miraban fijamente, duramente, como si quisieran incrustar en nuestras mentes los conceptos de la oradora.

Cuarenta y cinco minutos duró su discurso, un magnífico discurso tratando ampliamente la situación de la mujer dentro de la lucha de clases. Un magnífico discurso que es más bien una proclama a las mujeres de toda la Tierra, invitándolas a colaborar en la gran obra de la emancipación de los oprimidos. Un magnífico discurso sobre bases puramente científicas de economía marxista; una clarinada de atención a todas nuestras hermanas de clase que sufren paciente e indolentemente la opresión capitalista, manteniéndose dentro de un egoísmo suicida, en vez de engrosar, valientes, nuestras filas. Así nos hablaba Clara, sabiendo que sus palabras resonarían por todos los ámbitos del mundo, traducidas a todos los idiomas.

Cuando terminó, sus últimas palabras fueron envueltas en una ola de aplausos y gritos de júbilo; las colegialas lanzaban al aire sus gorros de lana. Todas de pie entonamos *La Internacional*. Clara Zetkin limpiaba con sus manos temblorosas el sudor que brillaba en su frente y, los ojos bajos, movía la cabeza con un simpático movimiento de humilde protesta.

¡Viejecita admirable! Aún recuerdo sus palabras entrecortadas por la fatiga: "¿Cómo va el movimiento femenino en México?", y el interés que demostró por nuestras obreras. Hablé con ella breves palabras; estaba visiblemente fatigada. Nos despedimos con un cariñoso abrazo que ella interpretó como un nuevo lazo de unión universal: "Es para mis hermanas de México", dijo. Yo no pude contestar. Salimos del Instituto. Ahora comienzo a cumplir mi promesa.

Su discurso ha sido traducido a todos los idiomas. Las mujeres de toda la Tierra deben conocerlo. Clara Zetkin nos invita a luchar, a unificarnos, a tomar el puesto que nos corresponde en las filas de los oprimidos. ¿Quién de nosotras no escuchará su llamado? ¿Quién de nosotras tendrá valor de permanecer muda e indiferente ante la gran tragedia de dolor y de muerte que sacude a la clase proletaria? Nuestros maridos, hermanos, hijos, son arrojados del trabajo y nuestros hogares sumidos en la miseria. Los trabajadores del campo son perseguidos y asesinados como perros. Los latifundistas siguen siendo los señores de horca y cuchillo, dueños de vidas y haciendas. Los industriales hacen reajustes y cometen atropellos e injusticias. Las filas de los sin trabajo toman proporciones alarmantes, y nosotras, las esposas, las madres y las hijas permanecemos impasibles ante tanta infamia, como si no fuéramos la parte que más sufre en esta cruel contienda.

Compañeras de clase: Clara Zetkin, la vieja luchadora, nos llama a engrosar las filas de las mujeres conscientes. Clara Zetkin, la mujer cuya vida de peligros y sufrimientos nunca tuvo un momento de descanso, nos convoca a formar el frente único de los explotados de toda la Tierra para llegar al fin que será, irremediabilmente, nuestra emancipación. Por ese mañana luminoso debemos luchar sin descanso. Porque nuestros hijos tengan pan y educación; porque terminen la esclavitud y la opresión en la Tierra; porque la igualdad de todos los seres llene de alegría y bienestar los hogares.

Sacudamos toda apatía y pongámonos a la obra ahora mismo. Escuchemos la voz de Clara Zetkin que, desde el país en donde los hombres son libres, felices, nos dice: "¡Proletarias de toda la Tierra, uníos!"

Moscú, abril de 1928.

20 CUENTOS

LAS MONTAÑAS DE LA MUERTE

En los números 85 (22 de octubre de 1927), 102 (18 de febrero de 1928), 104 (3 de marzo de 1928), 106 (marzo 17 de 1928), 109 (abril 7 de 1928), 111 (21 de abril de 1928), 112 (mayo 1° de 1928), 114 (mayo 12 de 1928), 115 (mayo 19 de 1928), 124 (julio 28 de 1928) y 158 (marzo 30 de 1929), se publicaron en la sección "El cuento de *El Machete*" los relatos de Graciela Amador, que la redacción presentó en los términos siguientes:

"Con el nombre *Las montañas de la muerte* aparecerá próximamente un libro de la compañera Graciela Amador. Días amargos pasados en los cerros de los minerales de Jalisco, entre "las montañas de la muerte" han inspirado a esta nueva escritora pro-

letaría una serie de magníficos relatos verídicos sobre la vida de nuestros infelices obreros del subsuelo. El libro de la compañera Amador, está inspirado en la vida de los minerales de Jalisco, que la autora conoce profundamente por haber tomado parte en la organización de la Federación de Sindicatos Mineros. Con su estilo sintético, claro, proletario en una palabra, los cuentos de Graciela Amador dan la impre-

sión intensa de la brega de los trabajadores que diariamente son asesinados por el trabajo de la mina —cuando no por los guardias blancos vendidos a las compañías *gringas*— y que en el infierno negro de sus vidas no tienen más esperanza que la «bandera roja del sindicato», asomando como un pedazo de aurora sobre los pelados cerros mineros sobre «las montañas de la muerte»...

I. El cascado

Estar *cascado* (tuberculoso) es para el minero el pan de cada día. Es el pago irremisible que recibe de la mina. Comienza a trabajador sano, fuerte, vigoroso; pero... a los pocos meses fuerza y juventud han desaparecido y la muerte lo acecha.

¿Pero no hay remedio posible para evitar este mal? Sí: las máscaras que impiden absorber el polvo de la mina, es decir, los millones de microscópicos cuchillos de metal y piedra que taladran incesantemente los pulmones del obrero.

¿Por qué no se les proporcionan tales máscaras salvadoras? ¡Ah!, porque los explotadores son inmensamente pobres y no pueden hacer tal desembolso.

Así, pues, el minero está listo para el trabajo y para la muerte. Cuando muera, sus hijos y su mujer pedirán limosna, pues la Empresa les negará aun la insignificante indemnización a que tienen derecho.

He aquí el retrato de un *cascado*: Dámaso Vargas. Tenía 38 años, pero aparentaba 60. La piel como pellejo de tambor, amarillenta y opaca, forraba el esqueleto. La carne había desaparecido. Lo único que denotaba vida en aquel pobre ser eran los enormes ojos encajados en cuencas moradas y que a veces brillaban por la fiebre.

Dámaso Vargas tosía sin cesar, arrojando enormes cuajarones de pus que en el acto

se cubrían de negros moscardones. El traje minero cada día le venía más holgado. El tejano de anchas alas bailoteaba en el cráneo, así como el calzado en las enjutas pantorrillas. ¡Aquel cadáver ambulante hacia tan sólo cinco años que entrara a la mina sano y fuerte!... Un día con otro moriría. Era cuestión de horas.

Todavía la semana anterior pudo recargar su adolorida espalda en el pretil del pozo a tomar el sol. Ahora ya no podía andar. Estaba tumbado en el tosco lecho de cajones y carrizos. Allí esperaba su muerte en el miserable cuarto, rodeado de su mujer y de cinco pequeños. El último, que lloraba poniendo en movimiento la cuna. Era la cuna un elegante cajón viejo suspendido del techo por cuatro cuerdas.

La mujer molía el nixtamal y preparaba el almuerzo para los mayorcitos, quienes gimoteaban de hambre rodeando al agonizante.

—Tengo sed —dijo éste débilmente. La mujer le dio agua. La bebió con ansia y de nuevo se dejó caer pesadamente. Ella ya no tenía lágrimas. Sus ojos resecos miraban hacia la lejanía sin expresión. Calladamente servía la mísera comida de los pequeños. El chiquillo lloraba desesperadamente y la mayorcita mecía el cajón, devorando un taco de frijoles: ¡¡el alimento!!

—Toma un poco de atole, Dámaso —suplicó débilmente la mujer. El no respondió.

—Toma un poco de atole, Dámaso —insistió ella a los pocos minutos. Igual respuestata. Algo sobresaltada, se acercó al lecho. Dámaso Vargas había dejado de existir.

Sin llantos, sin lamentos, con el corazón petrificado, la mujer lo comunicó a las vecinas. Todas vinieron a tender el cadáver, trayendo pequeños paquetitos de comestibles: café, azúcar, arroz, velas... La mujer lo recibía todo inclinando la cabeza como un autómeta. Todos sus movimientos eran así.

—¡Uf, qué mosquero —dijo una.

—Rieguen ceniza en el suelo —dijo otra, señalando los cuajarones de esputos cubiertos de moscas.

Los niños se fueron a jugar en el lodo con los demás chamacos. Sólo el pequeño seguía gritando desafortadamente. Tenía hambre. La madre le dio el pecho.

—Le va a hacer mal —observó la vecina más vieja.

¡Hum! —balbuceó la madre moviendo tristemente la cabeza. Quería decir: "Es hijo de pobre, nada le hace daño." Y dos lágrimas brotaron de sus ojos. Su rostro se serenó nuevamente.

El cadáver tomó tintes verdosos cuando encendieron los cirios. Las vecinas hicieron café.

A la salida del trabajo fueron muchos a ver a Dámaso y algunos, tímidamente, dejaban algunas monedas para el cajón.

—¿Tampoco esta vez dará cajón la Gerencia? —preguntó uno.

—Hay que exigirselo —respondió una enérgica voz de hombre y luego añadió: ¡Caramba, trabajarle uno a la Compañía hasta quedar hecho un esqueleto y no merecer ni un cajón! Con un...!

Todos suspiraron. Se comentaba quedadamente la hora del sepelio. La conversación

se apagaba y surgía como las llamas de los cirios. Los niños dormían plácidamente en un camastro junto al padre muerto. La madre arrullaba automáticamente al niño. Y el esqueleto del que fue Dámaso Vargas, trabajador de la mina, esperaba que la caridad de sus camaradas le diera sepultura.

II. El niño muerto

Hoy murió el niño de Félix Ortiz. Era el primogénito, contaba un año escaso. Lo picó un alacrán y amaneció muerto. Al verlo tendido en la diminuta mesa cubierta de flores y con su roponcito nuevo sentí una pena muy honda al recordar cómo el pequeño me tendía sus bracitos y reía el día anterior.

Félix Ortiz, en cuanto murió el chiquillo, cogió la borrachera y nadie lo volvió a ver. La madre del pequeño, casi una niña, estaba en otra piecuesita, presa de terribles convulsiones nerviosas, y de vez en cuando lanzaba gritos desgarradores. La abuela del niño cocía yerbajos para la atacada. Las maestras y algunas vecinas echábamos pestes por el descuido y falta de botiquín en el mineral. Las enfermedades profesionales, la abundancia de bichos dañinos y, sobre todo, de los funestos alacranes... y ni una inyección se encontraba en cincuenta leguas a la redonda.

—¿Sabe usted —me dijo una vecina— con qué se cura aquí todo?

—¿Si...?

—Pues, con pastillas de clorato; a los cascados, clorato; a los palúdicos, clorato; para los piquetes de alacrán, clorato, y ahí tiene usted el resultado —terminó señalando el pequeño cadáver.

III. Pedro Ruiz

Leímos el telegrama y un puñal se nos clavó en el corazón. "Pedro Ruiz fue asesinado por los fanáticos", decía lacónicamente.

Al día siguiente los camaradas recogieron del camino su cadáver ensangrentado. Iba a La Mazata a cumplir con su deber. Cayó, pues, como buen soldado de la lucha, como un mártir de nuestra causa. Pedro Ruiz no podía haber muerto de otra manera. Su corta vida sindical fue una cadena ininterrumpida de energías y sacrificios. Al lado de Francisco Aceves Orozco principió a luchar contra los ventruados dueños de hoteles; defendiendo a sus hermanos de gremio. Pedro Ruiz era empleado de hotel. Más de una hostelera borracha y depravada alzó las manos al cielo cuando supo la muerte del mártir.

Pedro Ruiz era el símbolo de la fraternidad. Sólo en el mundo desde pequeño, siguió sus pasos por la vida sin más defensa que su alma llena de bondad. Sediento de cariño, buscaba un corazón hermano y el corazón de los mineros respondió a su llamado. Desde entonces Pedro Ruiz no pudo vivir en la ciudad, prefería las continuas amenazas de los perros de la empresa a la calma aparente de las calles asfaltadas. No ignoraba que su cabeza estaba a precio; pero era en él más fuerte el amor a su causa que el temor a la muerte. ¡Cuántas veces lo llevaron a pie por los polvosos caminos, sediento, atados los brazos como un criminal! Los compañeros lo seguían: "¡Ya se llevan al compañero Pedro Ruiz!", decían las mujeres llorando. Los gambusinos de ojos azules sonreían con aire de triunfo al verlo pasar. El caminaba con la frente altiva, sin más defensa que su fe inquebrantable. El sol ardoroso lo enardecía en vez de abatirlo. Los bolsillos sin un céntimo para comprar su libertad. Pero su voz calmada y convincente abatía los hierros del presidio y a poco Pedro Ruiz predicaba de nuevo en las montañas. Hoy descansa para siempre. Su cuerpo duerme en brazos de la muerte; pero su voz se alza más potente

que nunca, llamando a sus hermanos a la lucha. Un florecimiento se nota en los Sindicatos Rojos. Los pusilánimes definen una actitud proletaria; los de vanguardia se aprestan a la lucha. Las agrupaciones aumentan, el trabajo sindical se intensifica y la estúpida burguesía ve levantarse nuevas fuerzas contra sus amenazas a la organización minera. ¡Qué vale tronchar una cabeza! Su boca habló y las palabras se incrustaron en los corazones. ¡Arracad pues, los corazones, burgueses!

EL RETRATO. Un día nos dijo Pedro Ruiz con aire orgulloso, mostrándonos un retrato: "Miren, aquí estoy yo." Buscamos inútilmente: burgueses, burgueses, burgueses... era todo lo que había. Señoras encopetadas, barrigones con frac, damiselas alhajadas. Todos estaban en torno de una mesa ricamente servida.

—¿Dónde está Pedro Ruiz?

Silencio. De pronto alguien lanzó un grito de triunfo: "¡Aquí, aquí está!" Efectivamente, una figura medio borrada por la penumbra se destacaba en lo alto de una escalinata, vestía smoking y llevaba doblada en el brazo su respectiva servilleta blanca. Estaba en ademán de atender a los comentarios. Pedro Ruiz era mesero, ese fue su primer oficio. Y aquel hombre que más tarde habría de figurar al lado de Sacco y Vanzetti, se enorgullecía de su humilde oficio, riendo infantilmente. Y aquel hombre que más tarde habría de figurar entre los mártires del proletariado mundial, mostraba con una ingenuidad enternecedora "su retrato": una pequeña silueta en la penumbra de un fastuoso salón.

LA RESORTERA. Después de su muerte encontramos varios objetos. Un pantalón de montar, unas camisas y... una resortera. A la vista de la resortera recordamos todo el pasado de este hombre admirable. Pedro Ruiz era un espíritu infantil. No quería su resor-

tera para matar pajarillos; la quería porque con ella había ganado muchos campeonatos entre los chamacos de los minerales y, por ende, su voluntad y su simpatía. Alguna vez dijo riendo: "Los pioneros van muy bien gracias a la resortera."

Un día se extravió de la cocina un paquete de garbanzos. Pedro Ruiz reía enigmáticamente. Al poco rato una granizada de garbanzos nos había encerrado en nuestras habitaciones, y unas sonoras carcajadas inundaban el patio... Por eso la desvencijada resortera nos recuerda la vida diáfana e inocente del camarada que se fue.

SUPREMA ENERGÍA. Los *cristeros* lo esperaban a la vera del camino. Quiso retroceder violentamente cuando los vio, pero ya era tarde. La trampa estaba cuidadosamente estudiada desde hacía tiempo: emisarios, telefonemas, caballada, maniqués, municiones, imágenes benditas... Pedro Ruiz no pudo escapar. La jauría de fanáticos rodeaba su presa, olfateándola. Pedro Ruiz comprendió que había llegado la hora. Habló a los fanáticos, Les habló mucho tiempo.

—Yo sé bien —les dijo— que ustedes no me pueden odiar. Casi no me conocen. Pero se ha puesto precio a mi cabeza y... ustedes tienen necesidad de venderla; el fanatismo y la miseria les han puesto una venda en los ojos. Y a mí, que lucho por todos los pobres como ustedes, ahora me van a matar...

Y siguió hablándoles. Los fanáticos se convencían. Pedro Ruiz semblanteaba a sus verdugos y seguía hablándoles seguro del triunfo.

—¿Qué ganan con matarme? Otros vendrán después. Ustedes recibirán por mi cabeza unas cuantas monedas; eso será todo. No piensen como los burgueses que la muerte de un hombre pondrá fin a la inquietud en que vivimos... ¿Acaso con la muerte de un hombre se acabó el hambre

espantosa que aflige más y más al mundo proletario? Ustedes llevan ahí imágenes de Cristo, y él dijo: "No matarás." ¡Ustedes, cristianos, van a matarme y van a matar precisamente a un hombre perseguido de los poderosos por defender la causa de los pobres!...

Viendo uno de ellos que las palabras del mártir conmovían a los bandidos, dijo dirigiéndose al que fungía de jefe: "Estos rojos tienen mucha verba. ¡Andale, remátalo de una vez!" Estas palabras recordaron a la jauría su compromiso y de nuevo el tintineo del oro abrigó sus pupilas. "¡Pos ándale!", dijeron otros.

Pedro Ruiz, viendo por tierra su labor de persuasión, se paró en medio de la vereda retando a los *cristeros* con su tranquilidad.

—¡Mátenme! ¿Qué esperan? Son ustedes peores que rocas. ¡Sordos y ciegos! Más ciegos que yo... que ya no veré más la luz.

Una descarga desigual rasgó los aires. El cuerpo cayó pesadamente. Eran las seis de la tarde. Por la noche pasó un caminante y pudo oír aún un débil lamento: "Denme agua..." Pedro Ruiz vivía aún. Debe haber muerto a la medianoche.

Por la mañana bajaron los mineros a recoger el cadáver. Tenía la cara hecha pedazos. Llorando, las mujeres recogieron el cuerpo. La indignación hacía temblar sus miembros. Los hombres juraban extendiendo sus brazos sobre el cadáver. Así marchó la caravana hacia el cementerio. El cuerpo fue llevado en angarillas, envuelto en la bandera roja.

IV. El reo

Estaba trabajando cuando lo aprehendieron. No supo por qué. Tampoco los soldados que lo custodiaban. Quizá el oficial de la

escolta sabría; a cada momento hojeaba un libro que llevaba en las manos: era la orden de arresto. En vano interrogaba, en vano suplicaba; los oídos de sus guardianes habían petrificado y sólo la voz de "¡Adelante!", marcaba el sendero sin fin. Después de algunos minutos de marcha se atrevió a interrogar nuevamente: "¿A dónde me llevan?", y nuevamente la respuesta: ¡"Adelante!".

Comenzaron a trepar el monte. Llegarían a la estación al amanecer. Por última vez replicó: "Déjenme avisarle a mi madre!" El oficial le respondió con una mirada terrible que le hizo enmudecer.

Cerró la noche. Una obscuridad espantosa lo rodeaba. Después de mucho andar recordó que llevaba todavía su lámpara militar. La encendió y a su débil resplandor trataron de evitar caer en un barranco, aunque tenían que caminar por entre el lodazal que enfangaba sus pies. El frío recrudecía y conforme avanzaba la aurora. Una neblina tenue iluminaba tímidamente el horizonte. Los soldados caminaban como autómatas, casi sin hablar. El oficial iba visiblemente malhumorado, con los ojos enrojecidos y tratando en vano de extraer alcohol de la exhausta cantimplora.

Ahora pisaban tierra firme y las botas de los soldados rechinaban al andar. El reo iba adelante haciendo brincar a los sapos que dormitaban en la vereda. El día se anunciaba espléndido, pero los viajeros no contemplaban su belleza; cada quien iba perdido en sus propias meditaciones. Comenzó a salir el sol, desentumiendo los miembros y a sus tibios rayos la marcha hizo menos amarga. Pero poco a poco comenzó a calentar demasiado y llegó el momento en que se hizo insoportable. El oficial blasfemaba. El sol lanzaba alfileras de plomo derretido que taladraban las espaldas y se incrustaban en la piel. Gruesas

gotas de sudor bañaban los rostros. Por fin hicieron alto bajo el frondoso roble. El oficial consultó el reloj. ¡Una hora más de camino! Apenas llegarían a tiempo de alcanzar el tren. Se pusieron en marcha nuevamente, protegidos por su pañuelos que ondeaban prendidos de las gorras, abanicándoles el cráneo.

El reo pensaba que el delito debía ser muy grave, pues lo llevaban a la ciudad para ser juzgado. A lo lejos se vio la estación. Aún faltaba media hora de marcha. Llegaron. El tren no tardaría. Hicieron alto en el jacalón, descubriendo sus cabezas los soldados y apoyando los rifles contra el muro. El reo se dejó caer con ademán de fatiga y desahogado. En su cara angustiada se había grabado estas desesperantes interrogaciones: "¿Qué habré hecho? ¿Por qué me llevan preso?"

El oficial desapareció por algunos minutos, volviendo con la cara menos hosca y con la cantimplora llena. Un tufillo de aguardiente explicaba su ausencia. Los soldados movieron la cabeza presintiendo el chubasco. Este no se hizo esperar mucho tiempo, pero aquella vez cayó directamente sobre el reo. Este fingió dormir, pero una tremenda patada en un costado le hizo lanzar un lamento.

El tren silbó desesperadamente y todos se pusieron de pie. El reo y sus custodios tomaron asiento en un carro sucio y maloliente. Los soldados iban del lado de la ventanilla. Al partir el tren un grito agudo repercutió en las montañas. Era la madre del reo que llegaba jadeante, acompañada de otras mujeres. Por más que corrieron toda la noche habían llegado tarde. El tren partió. La vieja corría desesperadamente para alcanzarlo. El reo quiso asomarse a verla, a hablarle, pero el oficial le dio una bofetada, obligándolo a sentarse nuevamente. Los ojos del reo se llenaron de lágrimas,

mientras un hilillo de sangre le escurría por la barba; todo su cuerpo temblaba de ira. El oficial echó mano de la cantimplora: otro trago. Ya estaba "de punto". La madre, con los brazos suplicantes y los ojos fuera de las órbitas, corría como loca detrás del tren. De pronto cayó pesadamente en los rieles golpeándose la cabeza. Las mujeres llegaron tratando de ponerla de pie. La sangre le manchaba el rostro. Sudaba copiosamente. La cubrieron con los rebozos y la llevaron en peso al jacalón.

El tren silbó tristemente a lo lejos, despidiendo a aquellos dos seres a quienes la crueldad burguesa separaba quizá para siempre. Julián Pérez, el reo, estaba acusado de "ejercer grandes actividades sindicales en contra de la Empresa". Era el secretario general de su sindicato.

V. Una lección de economía

Mister Ling es un alto empleado de las minas. Es también un profesor gratuito de economía. Está tuberculoso. También fue minero. Era pobre, trabajaba en su tierra en las minas de Colorado. Pero un día vino a México como capataz y su vida cambió completamente: buen sueldo, buenas medicinas, buenos alimentos, y pudo impedir el avance mortal de su enfermedad. Ahora aquí tenemos a mister Ling casi sano, ganando fuertes sumas y dando a los mineros clases gratuitas de economía. Pero mister Ling sufre ataques de nervios al ver cómo "botan el dinero" los mineros. Los mineros son muy malos aprendices de economía, no procuran imitarlo. El, mister Ling, gracias a sus ahorros puede pasarse cada año buenas temporadas en Tehuacán o en algún otro balneario, medicinandose y recibiendo el oleaje bienhechor. Según mister Ling, otro tanto podrían hacer los mineros; pero... ¡no quieren entender ni una palabra de econo-

mía! Sin embargo, y a pesar de la desesperación de mister Ling, los mineros creen que solamente después de la revolución social podrán acompañar al yanqui economista a recibir el oleaje marino y los medicamentos costosos, ya que con 75 centavos al día es imposible hacerlo. Tenga paciencia, mister Ling, que el día no está tan lejano como parece.

VI. El conferencista

Un hombre raro llegó al mineral. Iba acompañado de una señora joven y bonita. El era un hombre de edad madura. Se presentó en el salón del Sindicato y habló vertiginosamente con el secretario general. Era un "conferencista" que nos honraba con su presencia. A la noche tendríamos la oportunidad de escucharlo mediante cierta cantidad que pagaría la agrupación. Mientras llegaba la noche el hombre raro subía y bajaba por las calles del mineral acompañado de la joven. Fueron al club y tomaron cerveza con los mineros. La empresa suele hacer conquistas fáciles mediante un vaso de cerveza. Sin embargo, había gran curiosidad por escuchar al conferencista y antes de la hora indicada el pequeño teatro estaba henchido de mineros acompañados de sus familias.

El conferencista apareció trajeado acicaladamente. Parecía una caricatura de *dandy* inglés. Su porte contrastaba terriblemente con el de su humilde auditorio. Principió a hablar de prisa, como quien tiene ganas de acabar cuando antes. En una mesita había un botellón y un vaso. Tomó agua. Tosió y desdobló ante la general expectación unos carteles ilustrados, con los cuales confirmaba sus frases señalando con una varita. Más que conferencista parecía un merolico. su verba torrencial e inagotable, de papagayo bien comido, empezaba a enervar a los oyen-

tes. Estos tosían, se movían y daban señales de visible inquietud. Pero el conferencista seguía inmutable, dando avance a su tarea: urgía desquitar los chelines. El conferencista volaba, planteaba problema tras problema, en una forma tan peregrina que no cabía la menor duda de que estaban haciendo su efecto las cervezas de la Empresa. Habló sobre prensa, higiene, embriaguez, elecciones presidenciales, cajas de ahorros, torpeza obrera y... cuando todo el mundo creía que había terminado era tan sólo que tomaba un vaso de agua. Y vuelta a empezar con mayor rapidez, con nuevos bríos. En un santiamén resolvió a su manera todos los problemas que aquejan a la humanidad. Fue a Europa, visitó las cinco partes del globo y aún se remontó al espacio para tocar los problemas sociales de otros planetas. Los mineros tenían las orejas enrojecidas de tanto oír y el conferencista la garganta seca de tanto hablar, pero cada quien en su puesto, a ver quién se rendía primero.

Por fin terminó. Abrió la boca muy grande, resoplando de fatiga, hizo una tremenda caravana y desapareció. Un estruendo de silbidos premió su ardua labor. Cada vez eran más fuertes. La cosa se ponía alarmante. Los mineros protestaban por la "tomada de pelo". El conferencista no se atrevía a salir. Por fin los mineros abandonaron el salón y él pudo llegar sigilosamente hasta su alojamiento. Cuando al día siguiente lo buscaron para pagar su verborragia, había huído.

VII. La camisa del hombre feliz

"Este era un rey —comencé contándole a la chiquillería que me rodeaba— que, a pesar de sus enormes riquezas, se sentía muy desdichado." Los niños me escuchaban atentamente, abriendo sus enormes ojos negros que chispeaban a la luz de la luna.

"El rey se fue por el mundo en busca de felicidad —continué—, pero en todas partes reinaba la desgracia, la humanidad lloraba. «¿Dónde encontraré un hombre que sea feliz?», se preguntaba amargamente el pobre rey." Los chiquillos movían conmovidos sus cabecitas.

"Por fin, después de mucho caminar, escuchó un canto jubiloso que salía de una miserable cabaña. Lleno de alegría penetró a ella y se encontró tendido en el suelo a un hombre cuya faz estaba iluminada por la dicha. «¿Eres feliz?», le preguntó el rey. «¡Inmensamente! ¡Nada me aflige!»

"—Pues, véndeme tu camisa para usarla y ser como tú.

"—¿Mi camisa? —preguntó asombrado el hombre—. Nunca la he tenido.

"—¡Ah! —exclamó el rey— ¡El hombre feliz no debe tener ni camisa! —Y salió de la choza más triste que antes."

Los chiquillos guardaron silencio unos minutos comentando el cuentecillo en su interior. Por fin uno rompió el silencio. "Oye, compañera —me dijo sonriendo picarescamente—, ese es un cuento burgués. Los burgueses quieren a fuerza que los pobres vivamos felices y ¡sin camisa!" Una oleada de convencimiento movió las cabecitas rapadas. Todos contestaron: "¡Pos... de veras!"

VIII. Nuestra vida

¡1929! ¡Siglo xx! ¡Plena civilización! La democracia pasea por el mundo su sonrisa de ángel y su cuerpo de prostituta gritando: "¡Libertad! ¡Libertad!"

¡Libertad!, y las cárceles están enchidas de seres cuyo único delito es decir la verdad.

¡Libertad!, y millones de horcas ofrendan al mundo el macabro espectáculo de sus frutos humanos.

¡Libertad!, y la fusilería de los verdugos acalla para siempre las voces vibrantes de los que claman justicia. Los todopoderosos nos abofetean con su ademán insolente de fuerza. Entorchados, bayonetas y diamantes gritan triunfalmente su reinado. Mientras tanto, ¡cómo vivimos nosotros! Tenemos un hogar y nos lo arrebatan. Ganamos un pan y hambrientos lo devoramos entre lágrimas de humillación y de muerte. Damos a la vida nuestro fruto y las balas de los imperialistas nos lo arrebatan para siempre. Tenemos un amor y un nido y este amor y este nido son aplastados, nublando nuestras vidas eternamente.

¿Pero quiénes somos nosotros que estamos hoy por hoy sometidos a tan terribles pruebas? ¿Por qué vivimos acosados como bestias perseguidas? ¿Qué delito hemos cometido? ¿Quiénes somos? ¡¡Comunistas, comunistas!! Los hombres que no están ciegos; los que claman igualdad, justicia, pan, hogar y paz para todos los seres. Por eso sufrimos, por eso morimos. Y, sin embargo... ¡¡el porvenir es nuestro!!

IX. Los burros y la gerenta

A la Gerenta no le gusta el ruido, por eso ha buscado la calma de los cerros. ¡No por el oro y la plata!... Pero los malditos burros, como si se hubieran puesto de acuerdo, se soltaron rebuznando a una voz. La malhadada Gerenta no pudo dormir. ¿Mandarlos degollar? Bien hubiera querido, pero era imposible. Con los nervios crispados y llorando nerviosamente la Gerenta ordenó que se hiciera una recolección de asnos. Los sirvientes obedecieron. De cuadras, casas, corrales y llanos se sacaba a las mansas bestias y se las llevaba lejos, lejos, fuera del mineral.

—Señor, ¡mi burro es nuestro único sostén, no se lo lleve!

—¡La Gerenta lo ordena!

—Señor, ¡mi pobrecito burro sirve para traer la yerba!

—La Gerenta lo manda. ¿Para qué rebuznó?

—Pero señor, pues, ¿cómo quiere que mi burro no rebuzne?

—Ha turbado el sueño de la Gerenta y debe ir a prisión.

—Señor, con la renta de nuestro burrito ganamos el sustento y si se lo lleva ¡nos moriremos de hambre!

—No me importa, es orden de la Gerenta.

Y por espacio de tres días una larga caravana de burros trepaba las montañas perdiéndose en el horizonte.

X. La gerenta y el caballo

La Gerenta tiene un caballo blanco. Los dos tienen aproximadamente la misma edad y los mismos caprichos. Sin duda alguna esta semejanza ha hecho que el caballo sea el consentido del mineral. El pobre animal comienza a padecer de la dentadura, probablemente por la gran cantidad de azúcar que se le da diariamente. El caballo blanco de la Gerenta se come al día medio kilo de azúcar. Los mineros a veces toman el café sin endulzar, y a veces... ni café toman. El caballo blanco de la Gerenta es un animal muy delicado, muy fino, muy elegante. ¡Oh, lo que, ese caballo ha costado! Con lo que se ha gastado en el caballo blanco de la Gerenta se hubieran construido unas mil casitas de mampostería para los mineros. Estos viven en pocilgas de paja y ramas. Las medicinas que se emplean para el caballo son sumamente costosas. Para curar las enfermedades de los mineros se ha asignado la cantidad de 25 centavos por cabeza. Las rodillitas del caballo están protegidas por vendajes de fina tela. Los mineros entran al agua hirviendo de los tiros sin botas

protectoras. Al poco tiempo se abren grandes grietas en la piel que empiezan a supurar. "Enfermedades interiores", declara la Empresa para no pagar indemnizaciones.

El caballo blanco de la Gerenta tiene su mozo especial, su *niñero*. ¡Oh, quién fuera el caballo blanco de la Gerenta! Medicinas costosas, cebada tierna, azucarillos, rodilleras, *niñero*...

XI. Un gran señor (impresiones de un viaje en segunda clase)

Era un señor que hacía muchos movimientos. Instaba a todo el mundo a verlo. Abría la ventanilla, cerraba la ventanilla, se paraba, se sentaba, tosía... Al fin tuvo que llamar mi atención, y como en el tren poco hay que hacer, me dediqué a observarlo. Era un gran señor. Por lo menos lo fue. Sus ropas raídas y pasadas de moda, su porte, sus ademanes denotaban a un gran señor "venido a menos". Era un gran señor muy nervioso, en continuo movimiento. En menos de media hora pudimos darnos cuenta de todo lo que llevaba en su velicito de viaje. Sintió deseos de leer y para satisfacerlos empleó muchos preámbulos: púsose una vieja bufanda, unos espejuelos, una gorra de viaje medio moscovita, unos guantes de lana cafezuscos; cerró la ventanilla, medio se reclinó románticamente, se atusó el mostacho, tosió varias veces y, por último, sacó del velicito un viejo novelón, probablemente de escenas galantes.

Más duró la preparación que la lectura, pues a los cinco minutos el gran señor estaba nuevamente de pie, tosiendo con garbo, abriendo otra vez la ventanilla, despojándose de guantes, bufanda, bonete y demás arreos de lectura. Vuelta a doblarlo todo con cuidado, a colocarlo en el velicito, a lanzar miradas imperiosas a todo el pasaje, a preguntar precios de tabaco, de dulces, de

bebidas; a tocarlo todo, a desempaquetar las mercancías y a no comprar nada.

Acabó por enfadar al agente, a los vendedores y a todo el mundo. El pobre señor estaba "desplazado". Sus movimientos, tan elegantes para pullman, se iban desperdiçando en un inmundio carro de segunda. Por eso molestaba a todos.

Por fin, el pobre gran señor descendió del carro. Un vacío se hizo en éste, una quietud, una calma. Se expandió un aroma de fresas y frutas. El pobre señor se llevó consigo la amargura de su pasada grandeza.

XII. El enganche

Como montones de animales estaban los hombres esperando el tren. Era una estación polvosa y triste, antes de llegar al mineral. El viento levantaba remolinos de tierra, hojas y basuras que caían sobre los viajeros aumentando su desolación. Dormitaban. Sus semblantes denotaban largos días de marcha fatigosa. Los niños lloraban. Las madres les daban el pecho con ademán soñoliento.

—¿A dónde van? —pregunté.

—Es un enganche.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y observé la escena con mayor interés. Familias sin hogar que vienen de muy lejos. Van a la mina. En la mina tampoco hay albergues. Las pocas casas que hay dan asilo a varios cientos de personas que viven en amontonamientos horribles. Creen que mejorarán de jornal. Les han dicho que en la Mina hay agua. Primer desengaño cuando tengan que comprarla. Dicen que el enganchador era amable con ellos los primeros días, pero que conforme se acercan a su destino se vuelve intolerable. Ahora les gruñe como un cerdo. Es un hombre gordo y prieto que lleva una gran talega de pesos. Grita y da órdenes blasfemando. Ellos le dicen "el Ne-

grero". *El Negrero* les ofreció un paraíso y por eso abandonaron sus hogares. Ahora presienten que los ha engañado y lo siguen de mal humor. Solamente los niños mayorcitos juegan alegremente; no se dan cuenta de nada y la fatiga no ha hecho estragos en sus cuerpos. Algunas mujeres lloran silenciosamente. En todos los rostros hay una interrogación pavorosa: "¿A dónde nos llevarán?"

De pronto silba el tren. Todos se ponen de pie. Los niños dejan el juego. *El Negrero* grita más fuerte, dando órdenes. El tren llega, detiene su marcha y por sus cien puertas desaparece la sucia y triste caravana. Allá van, a la mina. ¡Quién sabe cuántos no volverán más!

El tren vuela hacia la muerte, hacia la mina. *El cabo* amarillo se pierde en un recodo del camino.

XIII. Esperanza

Pero no todo es pena y dolor en las minas. Hay un punto alegremente rojo y lleno de vida: la bandera del naciente Sindicato. Flamea como roja corola al sol. Guía los destinos de la organización y habla a los mineros de un mañana mejor. Todos tienen fe en ella. Con el mismo tesón infatigable con que diariamente trepan por las montañas, los mineros abordan las fatigas de la lucha sindical, guiados por la roja llamarada del



Graciela Amador con un grupo de dirigentes obreros y campesinos. 1929.

lienzo que ondea en el salón del Sindicato. Mancha de vida y de alegría en medio de las ricas y tristes montañas que les dan la muerte y la vida.

¿Quién de ellos verá ese mañana? ¿Hasta cuándo sus montañas dejarán de causarles la muerte?... La bandera roja ondea en lo alto del Sindicato.

XIV. El ciego

Pablo Sánchez ha quedado ciego. Sus pupilas antes brillantes y negras hoy están cubiertas por una tela lechosa. De pronto quedó ciego. Una mañana, al entrar a la mina, vio el sol por última vez. Una corriente de aire helado secó el sudor que escurría por su cuerpo y apagó sus pupilas para siempre. Largo rato anduvo tentaleando por las paredes del tiro, sin que nadie se diera cuenta de su desgracia. Su pequeña lámpara minera quedó encendida y a sus débiles reflejos pudo ser visto por otros compañeros.

—¡No veo! —les gritó angustiosamente al escuchar sus voces.

Lo ayudaron a salir del tiro. Afuera apagaron la lámpara que seguía ardiendo. Guiaron sus inciertos pasos hasta el jacal. Su mujer se puso a gritar como una loca al verlo en aquel estado: “¡¡Ciego!!”

El infeliz se restregaba desesperadamente los ojos y abría los párpados tratando de ahondar la obscuridad que lo rodeaba. ¡Ni un débil destello percibía! Los compañeros le daban ánimos: “Ya pasará, es cuestión ligera; a Fulano así le pasó y ahora está bueno.” La pobre mujer se consolaba preparando cataplasmas y remedios caseros.

Se llamó al médico de la Empresa. Este se excusó: un asunto urgente le impedía ir. Estaba en el club tomando cerveza.

La noche pasó llena de intranquilidad. El enfermo no pudo conciliar el sueño, presa de terrible agitación. Su mujer sufría

igualmente. A la mañana siguiente el médico tampoco vino y el enfermo fue a buscarlo. La mujer guiaba sus pasos. Hicieron una lenta jornada desde su casa hasta el hospital. La visita fue breve.

—Está ciego, no tiene remedio —afirmó el médico despreocupadamente.

—Pero señor —suplicaba llorando la infeliz mujer—, démele un remedio, hágale la lucha...

—¿Qué puedo hacerle? Está bien ciego —y se metió silbando en la pieza vecina.

El retorno al hogar fue más lento, más amargo. Las piernas flaqueaban por el dolor... De pronto la mujer tuvo un arrebatado de energía: “Te llevaré a la ciudad y allá te curarán; ten ánimo, eso pasará.” Pero fue tan sólo un chispazo. ¡No tenía dinero! La curación sería muy cara.

Seguían caminando. Otro rayo de esperanza: “La empresa lo indemnizaría.” Pero luego... ¡La Empresa! ¡Esperar algo de ella! ¿A quiénes había indemnizado? ¿No estaban los cementerios henchidos de cadáveres y las viudas y los huérfanos llorando de miseria? ¡¡La Empresa!!

Entre la incertidumbre y decaimientos llegaron al jacal. Así pasaron todo el día. Vino la noche sin haber hecho fuego en el fogón. No tenían apetito. La boca les amargaba.

Los días transcurrieron lentamente, entre súplicas a los altos empleados, lágrimas y humillaciones, respuestas negativas, burlas, indiferencias. Pablo Sánchez era una fruta exprimida, sin jugo. La Empresa ya no necesitaba de sus servicios. Podía abandonar el mineral. De buena gana se irían lejos, muy lejos de aquellas montañas que habían apagado la luz de sus ojos y sembrado la muerte en su alma. Pero no tenían dinero. Su único tesoro era una vieja guitarra y Pablo Sánchez, el fiel trabajador de la mina, pasó el resto de su vida cantando tristes canciones para ganarse el pan.

XV. Futuro

¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos! ¡Allá vienen los Pioneros Rojos! Marchan en larga fila por las calles del mineral. ¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos! Llevan aire marcial y la mirada altiva. El jefe tiene doce años. Es un mozallete descalzo, con su trajecito lleno de remiendos. Por el estilo andan todos. Pero sus caras relucientes indican un buen aseo. El pelo alisado a fuerza de agua. “El agua—dicen— es la mejor amiga de los pioneros.”

Llevan en las manos banderitas rojas de papel de China. A la vanguardia marcha el Secretariado. Lo forman los mayorcitos.

Las niñas van mezcladas entre los varones. Para los Pioneros Rojos no hay distinción de sexo: “Hombres y mujeres vivimos bajo la explotación”, dicen también. Las niñas sonríen ufanas y procuran imitar los movimientos de sus camaradas. Llevan el pelo cuidadosamente peinado y agitan en el aire sus banderas rojas. El sol brilla, iluminando alegremente las rojas blusitas de los pioneros. Una llamarada de energía y de entusiasmo flota sobre la inocente tropa. Y más fuerte gritan: “¡Uno! ¡Dos! ¡Uno! ¡Dos!” Sus pupilas irradian como prismas luminosos.

Cuando pasan junto al padre o al maestro aumenta su arrogancia. Los piesecitos descalzos tratan de marcar el paso sobre los gujarros. No temen lastimarse, lo importante es no perder el paso.

Van al salón. Es día de asamblea. También ellos discuten sus problemas económicos. Desde tan pequeños ya ganan el pan, ya se enfrentan con el capital. Los más pequeños marchan atrás. Hacen grandes esfuerzos por seguir a la vanguardia.

Los mineros ven pasar la naciente columna con un profundo respeto. Saben lo que ella significa. Saben el enorme pa-

pel que desarrollará en el futuro. ¡Niñez proletaria, niñez desvalida! ¡Fortaleza inexpugnable de la Revolución Social!

Ya llegaron al salón. Se escucha su canto viril: “¡Bandera roja triunfara! ¡Bandera roja triunfará!...”

XVI. El resucitado

Lo encontré en el camino. No había duda que era *El Resucitado*. Ya me habían hablado de él como de un ser extraño: me había hecho mentalmente su retrato; pero, sin embargo, cuando lo vi, la sangre se heló en mis venas. Era a la caída de la tarde. Sus dientes blanqueaban en la penumbra como los del lobo. *El Resucitado* se aproximó hacia mí y balbuceó algunas sílabas incomprensibles. Instintivamente retrocedí; pero luego, en un supremo esfuerzo; lo invité a bajar la pendiente rocosa. Sonríome con la mitad de su cara monstruosa, agradecido; la otra mitad estaba paralítica. Un ojo me miraba fijamente y el otro giraba en la órbita como un disco de azabache. Reía en silencio, levantando ferozmente el lado derecho de su boca hasta dejar al descubierto las encías. Me recordaba los personajes monstruosos de Víctor Hugo.

Rápidamente bajamos la cuesta. El me seguía con pasos cautelosos, sonando quedamente las plantas en la tierra. Caminaba como una bestia. Varias veces salieron de su garganta los mismos sonidos, como palabras de algún idioma primitivo. Algo quería decirme.

Por fin llegamos a la mina. Entré a la casa de Paula Sánchez. *El Resucitado* se quedó de pie en la puerta. Paula lo invitó a entrar. El obedeció mansamente y tomó asiento. La lámpara minera lanzaba sobre él destellos azulados que hacían más macabra su figura.

—¡Pobrecito! —dijo Paula suspirando.

Movimos tristemente la cabeza y de nuevo reinó el silencio. A la luz de la lámpara pude observarlo bien. No había un solo músculo en su cara que estuviera en su lugar. Las manos y los pies llenos de cicatrices, contrahechos, enjutos, cubiertos por una piel negra y reseca, como ala de murciélago. El cráneo casi calvo tenía aquí y allá manchones de pelo.

—¿Está también tiñoso? —pregunté a Paula.

—No, no está, pero mire —(y le hizo bajar la cabeza); las cicatrices no le dejan brotar el pelo.

El Resucitado quiso hablar nuevamente. Paula seguía dándome explicaciones sin prestarle atención. Era inútil, no comprendía nada; seguía a las personas instintivamente, como un animal.

—Era muy buen mozo antes del accidente —continuó ella—, tenía su novia y se iba a casar. Ella se dio a la mala vida al verlo en ese estado. Tiene vida de milagro, pero veinte cartuchos le estallaron en la mano... ¡Allá fue a dar! —añadió señalando una distancia imprecisa—. Lo sacaron por muerto, bañado en sangre. No se le veía la cara, no sabían quién era. Cuando lo vimos sacar todas las mujeres corrimos a ver si era el nuestro. Luego los hombres dijeron que era Fausto, y vino su madre corriendo como loca. Lo velamos toda la noche; al día siguiente sería sepultado, pero... ya ve, no estaba muerto. Todavía no le llega su hora. ¡Sólo Dios sabe pa'que lo tendrá en este mundo!

Guardamos nuevamente silencio. *El Resucitado* nos veía con un ojo, fijamente, mientras el otro seguía girando como disco de azabache.

—¿Y la Empresa no lo ha indemnizado?

—¡Hum!

—¿La madre no ha reclamado ninguna indemnización?

—¡Hum! Es tan tonta la pobrecita, y ahora con la desgracia de su muchacho está peor.

—Pero, ¿no tienen más familia... alguien que se interese por ellos?

—¡Hum!... Pues sí, dicen que ya les andan arreglando...

De pronto *El Resucitado* se levantó precipitadamente y sin mirarnos siquiera salió del jacal.

—Ya debe tener hambre —observó Paula.

El Resucitado se alejó con su andar de animal enfermo, perdiéndose entre los jacaletos. Paula arregló las ropas de la cama suspirando.

XVII. El boleto

Subió el campesino al tren, cargado de canastas y bultos. Después de muchos trabajos logró instalarse en un pequeño pedazo de asiento desocupado. Gruesas gotas de sudor mojaban su frente. Resoplaba fatigado. Mientras tanto el tren corría desenfundadamente. Los árboles pasaban como pequeños manchones verdes. Huíamos a toda máquina.

El campesino dejó caer los brazos con abandono. Había secado el sudor de su frente. De vez en cuando lanzaba miradas a sus canastas que habían quedado lejos, donde se pudo. Todo estaba bien; podía descansar. Estaba muy fatigado. Probablemente desde el alba preparaba su marcha, cortando las frutas y legumbres que llevaba a vender y que eran su fortuna.

Vino el conductor revisando los boletos. El campesino buscó el suyo; lo buscó en los bolsillos, en el sombrero, en el pañuelo, en el suelo, junto a él, lejos, por todo el carro: ¡Nada! El boleto había desaparecido.

El conductor esperaba impaciente. Se fue a los otros carros. El campesino buscaba angustiosamente, pálido y de nuevo el sudor le bañaba el rostro. Largo rato buscó en vano, ayudado por los pasajeros; el boleto había desaparecido. Volvió el conductor reclamando: tendría que pagar de nuevo o bajar del tren. El campesino se dejó caer como un fardo, sin aliento, sin proferir palabra. El tren hizo alto. Vino el conductor y le ayudó a bajar sus bultos y canastas. El infeliz parecía un demente, con la mirada vaga.

Por fin se quedó en el andén de la pequeña estación desierta, solo; atónito, rodeado de la mísera *vendimia* que constituía su única riqueza.

La locomotora silbaba despiadadamente, corriendo sin descanso. Los pasajeros guardaban silencio, anonadados por la escena. Cuando habían pasado dos estaciones, una señora encontró el boleto del campesino metido en la hendidura de una . .

XVIII. El oso

Bajaron de la sierra el oso y el saltimbanqui. Venían de otros poblados, llenos sus cuerpos de polvo y de fatiga. El largo pelaje del oso estaba opaco. Llegaron a la callejuela del mineral, frente a los puestos de fritangas. Era domingo. Hicieron alto. El oso se revolcó fatigosamente, resoplando con angustia. El bozal le impedía respirar libremente. Su amo, el húngaro, permanecía de pie junto a la bestia, tratando de conservar la dignidad que su amigo arrastraba por el lodo.

La multitud gritaba jubilosa y al momento un círculo humano esperaba ansiosamente el espectáculo. Hombre y fiera comenzaron a danzar. Lastimeras palabras escurrian lánguidamente por los labios del titiritero.

La bestia obedecía. Hizo "el soldado", "la dama en el paseo", "el muerto", "la vendedora" y, como número final, un sin fin de cabriolas, arrancando gritos y aplausos de la multitud.

Los dos cayeron rendidos de fatiga. La muchedumbre les arrojaba monedas de cobre que caían en el pandero haciéndolo redoblar. Una, dos, diez, cien monedas... El oso dormitaba. El hombre vigilaba la lluvia de dinero. Cuando ésta terminó, emprendieron la marcha seguidos por la multitud ávida de distracciones. Subieron la pendiente y a poco estaban de nuevo en la sierra. El sol quemaba las espaldas. El sonido de la pandereta iba marcando la marcha. Apenas se oía.

La multitud regresó. Los dos infelices continuaron solos su marcha, desapareciendo en el monte. Polvo, sol, viento, fatiga y... unas cuantas ruedas de cobre para matar el hambre.

XIX. Los dos partos

Ambrosia Pérez había tenido un chiquillo. Nos mandó avisar con el aguador. Fuimos a verla muy temprano llevándole un pollo tierno. La noche anterior habíamos charlado largamente frente al jacal, sentadas en pequeñas sillas de tule. Ambrosia no esperaba tan pronto la venida del nuevo huésped y reía plácidamente. Nos causaba pena verla tan débil y desmedrada. ¿Cómo resistiría tan dura dieta y después la lactancia? Pensábamos también en el pequeño. ¡Lo enfermizo y raquítico que iba a nacer!

—Que pases buena noche, Ambrosia —le dijimos al despedirnos. Ella nos estrechó la mano con su eterna sonrisa de mansedumbre. Sus dientes blancos brillaban entre los grandes labios. Los pómulos mongólicos estaban cubiertos de *pañó* cafezusco.

—¡Adiós, adiós, que pasen buena noche!
¡No los coja el agua! —dijo al despedirnos.
Comenzaba a relampaguear detrás de los
montes.

Hacia sólo cuatro meses que Damián Pérez
había muerto *casado* y la infeliz mujer
vivía lavando ropa ajena. Damián Pérez
murió con la pena de no conocer a su primer
hijo.

Entramos al jacal. Toda la noche había
llovido sin descanso. Al alba salió el sol,
pero dentro del jacal seguían cayendo grue-
sas gotas de agua que almacenaron los car-
rizos del techo. En un rincón del cuartucho
se veía un bulto tirado sobre varios petates.
El gangoso llanto del recién nacido nos lle-
vó hacia allá. Ambrosia, bañada en sudor,
nos mostró al pequeño.

—Es hombrecito —dijo con aire satisfe-
cho—. Lleva el nombre del difunto.

Y al notar que caminábamos chancleando
entre el lodo añadió: “¡Válgame Dios, qué
atascadero, estoy empapada!”

Algunas vecinas salieron en busca de ca-
jones para improvisar un lecho. En otro
rincón del cuartucho humeaba un leño en el
fogón. Dimos providencia de prepararle el
pollo. Al notarlo dijo riendo campechana-
mente: “Me va a salir sarna si como galli-
na. ¡Tanto tiempo de no probarla!”

Volvieron las vecinas con los cajones, se
arregló el lecho y con todo esmero se colo-
có en él a la parturienta y al niño que
dormía plácidamente.

—Ya volveremos, Ambrosia —le dijimos
al terminar.

—Yo estaré al pendiente —añadió la ve-
cina de al lado.

Ambrosia nos sonreía mostrando sus dien-

tes blancos, agradecida. Gruesas gotas de
sudor brotaban de su frente.

—¡Duérmete!

Salimos. Junto a la puerta de la enferma
una marrana acababa de parir seis rosados
lechoncillos. No pudimos contener nuestro
asombro. Volvimos a entrar.

—¡Ambrosia, Ambrosia, también tu ma-
rrana tuvo cochinitos!

Ella abrió alegremente los ojos y tornó a
reír satisfecha.

También hubo que hacer un lecho de paja
limpia para los cochinitos que se revolcaban
en el fango.

XX. Incendio

Los montes están ardiendo. El fuego avan-
za como enorme franja luminosa en medio
de la obscuridad. La terrible serpiente de
llamas trepa vorazmente hacia las cumbres
y los árboles gigantescos de la sierra se
abatén tímidamente a su empuje. A trechos
el fuego cede, se debilita, se extingue...
pero luego, más arriba surgen las altas lla-
maradas terribles y triunfantes. El viento
de la noche las aviva y las enardece.

Muy pronto los montes se convertirán en
hogueras devastadoras.

¡Así es la revolución! Avanza, avanza, ex-
tinguiéndose a ratos, para luego surgir más
potente. Las represiones brutales de los es-
birros parecen sofocarla, pero nuevas ra-
chas de fe y de entusiasmo la avivan y
enardecen. Es un fuego que nada ni nadie
podrá extinguir hasta que no cumpla su mi-
sión purificadora.

Los montes siguen ardiendo mientras el
tren avanza. Símbolo magnífico de la lla-
marada roja que envuelve a la humanidad.